

El entorno alimentario mundial*

The world food situation

Rafael Cartay**

Resumen

En este artículo se ofrece una visión sucinta sobre las principales características de la producción mundial de alimentos: evolución, variabilidad, escasa comercialización en términos relativos y su concentración en países de elevado desarrollo. Asimismo se pasa revista a las principales estrategias de desarrollo agrícola, sus limitaciones y las tendencias mundiales de desenvolvimiento del escenario agrícola mundial en la década de los 90.

La producción mundial de alimentos en las cuatro décadas pasadas se duplicó, superando al crecimiento de la población. Entre 1966 y 1980 la producción creció en un promedio anual de 2,8%, superior a la tasa de crecimiento promedio anual de la población (2%) y del consumo (2,6%). En términos per cápita la producción alimentaria mundial se incrementó en un 0,8% (Mellor, 1987).

El crecimiento de la población no fue, sin embargo, sostenido. Durante el final de la década de los 70 el mundo conoció un período de escasez alimentaria y de altos precios reales de los alimentos. En la mayor parte de la década de los 80 se registraron inventarios crecientes con precios agrícolas deprimidos, en relación con un exceso de capacidad productiva. Y en el futuro predecible, la tendencia parece orientarse a inadecuados suministros de alimentos. El comportamiento de la producción mundial es, pues, cíclico: demasiada producción seguida por períodos de escasez, con baja tendencia a la estabilidad.

* Trabajo realizado bajo los auspicios del Convenio ULA-FUNDACIÓN POLAR.

** Universidad de Los Andes, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales

1. ¿A qué se deben tales ciclos?

Varios elementos son responsables de esas variaciones (White, 1989).

1. En primer lugar, la naturaleza de la producción agrícola, sujeta a variaciones climáticas incontrolables y encadenada a producciones inciertas año tras año.
2. En segundo lugar, la población mundial tiende generalmente a consumir lo que produce, eliminando posibilidades de aumentarlos.
3. En tercer lugar, la mayor parte de los alimentos son consumidos en el país que los produce, quedando un porcentaje relativamente pequeño para el comercio mundial. Por ejemplo, sólo un 12% de la producción mundial de granos fue comercializada entre 1984 y 1986.
4. En cuarto lugar, el número de países exportadores netos de alimentos es reducido y generalmente corresponden a países de elevado desarrollo, de alto ingreso y bajo crecimiento poblacional. La vasta mayoría de la población mundial vive en países con crónicos déficit alimentarios, con altas tasas de crecimiento poblacional, producción doméstica muy variable y escasos recursos en divisas para importar alimentos.

Al detallar las cifras, surge otra importante característica de la producción mundial: las diferencias de crecimiento de la producción entre las distintas regiones del mundo. La producción alimentaria per cápita en los países desarrollados creció a una tasa de 1,5% entre 1966 y 1980, mientras que en los países en desarrollo aumentó sólo en un 0,5%. En América Latina, el crecimiento de la producción de alimentos fue de un 2,2% anual, tasa inferior a la del crecimiento de la población (2,5%) y muy inferior a la del crecimiento del consumo (3,1%) (Mellor, 1987). Por ello, el mundo en desarrollo se ve obligado a recurrir cada vez más a las importaciones de alimentos. Pero importar no siempre es posible. Hasta el inicio de los 70, las variaciones en los volúmenes de la producción agrícola incidían relativamente poco en el nivel de los

precios internacionales de los alimentos. Variaciones hasta de un 35% en el volumen producido se traducían en modificaciones de precios que rara vez superaban el 3% (Schejtman, 1983). Pero luego, a partir de 1972-73, pequeñas variaciones en la oferta de granos, por ejemplo, ya se reflejaban en fluctuaciones extremas de los precios mundiales (Internacional Monetary Fund, 1989). Según el Instituto Internacional de Investigación sobre Política Alimentaria (IFPRI), el coeficiente de variación de los precios de las exportaciones en los años 70 fue superior en más de ocho veces al registrado en los años 60 (Mellor, 1987).

Dos fuerzas estimulan el aumento continuo de la demanda de alimentos y, en consecuencia, de las importaciones. De un lado, el crecimiento de la población. Del otro, el aumento del ingreso *per capita*. Y esto fue particularmente cierto para los países en desarrollo, y en especial para los de medianos ingresos. Entre ellos, Venezuela.

Las más rápidas tasas de crecimientos de las importaciones de alimentos han correspondido en las últimas décadas a los países en desarrollo, que han registrado índices de dos a diez veces mayores que los de los países desarrollados. Entre aquéllos, unos cincuenta países en desarrollo de mediano ingreso fueron responsables de casi todo el crecimiento de las importaciones del conjunto de los países en desarrollo, a pesar de contar con tan sólo un tercio del total de la población involucrada (Dunmore, 1990).

De estos países en desarrollo, los de más rápido crecimiento económico incrementaron sus importaciones agrícolas una tasa más veloz que la de los países de más lento crecimiento. Según un estudio del IFPRI, los dieciséis países en desarrollo con más rápidas tasas de crecimiento en su producción de alimentos básicos durante el período 1961-76, elevaron en un 133% el volumen anual de sus importaciones netas de alimentos (Mellor, 1987). Otro estudio, realizado en 1985 por la Secretaría de Agricultura de Estados Unidos arrojó resultados similares al estudiar a Malasia y al Brasil, de acuerdo a Robert L. Paarlberg, en un artículo compilado por Purcell y Morrison (1987).

Y esto ha creado un grave problema adicional para estos países, que deben enfrentar este notable aumento en su demanda de alimentos. Para ello, tendrán claramente dos opciones: el aumento de su superficie

de cultivo y la adopción de una nueva tecnología agrícola. Pero tales alternativas no están exentas de limitaciones. La capacidad para expandir la superficie de cultivo es limitada, porque la cantidad de tierra es limitada y limitable, por las formas inadecuadas de propiedad y tenencia prevalecientes en estos países. La oferta mundial de tierra y de agua es relativamente fija, aunque su uso para la producción agrícola puede modificarse aumentando la inversión. De todas maneras, tal opción está en declinación, y una buena parte de la tierra utilizada está siendo degradada por el uso inapropiado (White, 1989).

La segunda alternativa, relacionada con la adopción de nuevas tecnologías, ofrece mucho mayores posibilidades, aunque también tiene sus limitaciones. Una de ellas es la del alto costo de la tecnología, que se ve agravada por el alto nivel de endeudamiento externo e interno que tienen estos países. Otra es la dificultad de adaptabilidad de tal tecnología a los países más pobres, que están preparados en términos de capital humano calificado y de una adecuada infraestructura institucional. Otra dificultad se relaciona con la necesidad de mantener la calidad ambiental, porque la nueva tecnología ocasiona, con frecuencia, serios daños ambientales para los cuales estos países no están preparados (White, 1989).

Pero el principal problema se relaciona con las estrategias de desarrollo que adopten esos países.

Cualquier política de desarrollo trae consigo el crecimiento del empleo, y empleo y alimentación son dos caras de la misma moneda, especialmente para los países en desarrollo, donde gran parte de la población destina entre el 60% y el 80%, o más, de su ingreso familiar para la compra de alimentos. Así, todo crecimiento del empleo repercutirá sobre la demanda efectiva de alimentos. Los planificadores del desarrollo, o los medios gubernamentales, deben comprender que toda política de elevación del empleo es también una política de elevada demanda alimentaria, y de aumento de la producción interna de alimentos, a menos que se quiera caer en una alta dependencia exterior con respecto a las importaciones de alimentos, con todas las implicaciones políticas y económicas que ello supone. Además ese crecimiento económico debe ser sostenido por una mayor atención gubernamental a los bienes salariales, especialmente los alimentos, para no aumentar el costo real del trabajo y

provocar contracciones en la inversión o desviaciones en la misma hacia procesos más intensivos en el uso del capital (Mellor, 1987).

En las décadas de los 70 y de los 80 el rendimiento de los cultivos ha sido la fuente principal del crecimiento de la producción de alimentos para los países en desarrollo. Entre 1961 y 1980, el rendimiento de los principales cultivos aumentó en estos países en un 1,9% anual, representando más del 70% del crecimiento total de la producción de alimentos, mientras que el incremento de la superficie cultivada sólo se elevó en un 0,7% anual, aportando el otro 30% del crecimiento de la producción alimentaria (Mellor, 1987).

El cambio tecnológico en la agricultura se relaciona, asimismo, estrechamente con el aumento del empleo y del ingreso en la economía rural no agraria, y con el crecimiento del empleo en los sectores urbanos. Tal alternativa se convierte, de esta manera, es vital para las políticas gubernamentales, que deberán atender a las necesidades financieras del crecimiento agrícola, aumentando las asignaciones para la investigación y la extensión agrícolas, el riego, el crédito agrícola, la viabilidad y la electrificación rurales, así como propiciar revisiones continuas de los precios relativos de los productos agrícolas.

El escenario agrícola mundial se complica aún más, por la intervención de muchos otros factores.

En el mundo en desarrollo hay evidencias claras de que está comenzando una nueva era de proteccionismo, y se tiende a la constitución de un comercio dirigido muy determinado por lo bloques regionales (Ludlow, 1990). Esto es particularmente en los Estados Unidos, que ha padecido déficit superiores a los 100.000 millones de dólares al año, perdido competitividad internacional y recibido con alarma una mayor inversión extranjera, todo lo cual ha promovido legislaciones rígidas y un debate nacional sobre la necesidad de un mayor proteccionismo ("Actualidades", Perspectivas Económicas, 1990, p. 1). Esta situación ha estado acompañada por la falta de éxito en el logro de una economía mundial unificada (Behrman, 1987).

Algunos analistas (Aho, Ostra, 1990, p. 1) advierten sobre un desgaste progresivo desde 1970 de las políticas seguidas por el GATT, así como los magros resultados obtenidos en la Ronda de Uruguay, lo cual

deberá repercutir en una mayor rigidez de las políticas de comercio internacional adelantados por los países desarrollados.

Pero otros elementos se agregan al ya incierto escenario agrícola mundial de los 90. Entre éstos, Dunmore (1990) menciona:

1. Las reformas políticas y económicas en Europa Oriental y en la URSS, y en menor grado China.
2. La integración acelerada de la Comunidad Europea, que deberá concretarse en 1992.
3. Los cambios significativos registrados en la industria procesadora de alimentos del Japón, así como las presiones para la integración económica observadas en la Cuenca del Pacífico (Rim Pacific).
4. El resultado de las negociaciones multilaterales de la Ronda del GATT en Uruguay.
5. Las concepciones sobre la seguridad alimentaria prevaleciente en los distintos países.
6. La crisis económica y política mundial derivada del problema de la deuda externa en los países del Tercer Mundo y de Europa Oriental.

Por todos estos elementos en juego, la economía mundial conocerá importantes cambios institucionales y estructurales en los años 90. Estos cambios tendrán graves implicaciones sobre los mercados agrícolas mundiales: o los expandirán o los harán aislados y restrictivos, quebrantándose los vínculos existentes entre los precios nacionales y los precios mundiales. De no resolverse adecuadamente el problema de la deuda y del crecimiento económico de los países en desarrollo, y de no tener éxito la Ronda de Uruguay, estos factores podrán debilitar seriamente el mercado mundial y ocasionar una dramática caída en el crecimiento del mercado mundial de alimentos.

2. Referencias

- Actualidades. 1990. *Perspectivas Económicas*, No. 70/1. p. 2.
- Aho, C. Michel, Silvia Ostry. 1990. Bloques de Comercio: ¿política pragmática o problemática? *Perspectivas Económicas* 70/1, pp. 11-17.
- Berhman, J.N. 1987. El futuro de los negocios internacionales, *Perspectivas Económicas* 58/2, pp. 36-49.
- Dunmore, John C. 1990. Suming up: Forces to change in the 1990`s mean uncertainties for agricultural markets, World Agriculture. Situation and Outlook Report. Special Issue: Forces for change in the 1990`s. Washington, D.C. United States. Department of Agriculture. *Economic Research Service*, Was-59, pp. 74-76.
- International Monetary Found. 1989. *Primary Commodities*. Market Developments and Outlook. Washington. D.C.
- Ludlow, Peter W. 1990. El Futuro del Sistema de Comercio International, *Perspectivas Económicas* 70/1, pp. 4-10.
- Mellor, John W. 1987. Alimentos y Desarrollo: El Nexo Crítico, *Perspectivas Económicas* 71/5, pp.8-14.
- Purcell, R. y E. Morrison. 1987. U.S. *Agriculture and Third World Development: the Critical Linkage*. Washington D.C.: Lynne Rienner Publishers.
- Schejtman, Alejandro. 1983. Análisis integral del problema alimentario y nutricional en América Latina, *Estudios Rurales Latinoamericanos* 6:2-3.
- White, T. Kelley. 1989. Conclusiones, World Agriculture. Situation and Outlook Report. Special Issue: Are we Approaching a World Food Crisis Again? Washington D.C.: U.S. Department of Agriculture. *Economic Research Service* Was-55, pp. 77-79.